

La última lección

12-8

Por Miguel de Unamuno

La lección de las últimas elecciones de Madrid—una gran jornada—, debería ser para los republicanos a secas muy claras. Y decimos republicanos a secas por que los socialistas son republicanos, y así lo han declarado últimamente. Los socialistas han triunfado en Madrid por haber sido los que de una manera clara, precisa y terminante se han pronunciado por el abandono de la empresa imperialista de Marruecos y por haber sido los que en el anterior Congreso presentaron y defendieron la más radical proposición en lo de las responsabilidades, proposición que no se sabe por qué no apoyaron los desdichados que seguían la jefatura del caudillo, del fatídico Lerroux, deshacedor del republicanismo español.

El Lerroux ese es partidario de que se siga la guerra o conquista de Marruecos, y ha hablado más de una vez en pro del protectorado de España sobre Tánger; es un imperialista, no sabemos si por temperamento imperial, napoleónico, o por otras razones más cantantes que no se nos alcanzan.

Nuestro buen amigo Castrovido pretende rebatir lo que el Lerroux escribió a un amigo nuestro—que nos lo dijo—, primo de un gobernador reformista, pidiéndole que éste apoyara a un republicano frente a otro, y si luego el republicano a quien se proponía «proteger» el caudillo no quiso prestarse a ese juego de disensión, es ya otra cosa.

¿Que el partido republicano de Madrid no formó su candidatura antes, esperando a que los socialistas envidaran para decir «quiero»?

¿Y por qué habían de envidar? Bien saben los republicanos municipales de Madrid que no lograrán inteligencia con otros republicanos y con los socialistas mientras no rechacen toda ingerencia del «caudillo», mientras no den a éste de lado, como han dado a algún otro antiguo guión, no inferior al Lerroux en ningún aspecto.

¿Que es mentira que el Lerroux diera 50.000 pesetas para gastos electorales? Nada hemos dicho por nuestra cuenta, sino tomándolo de «El Socialista». Lo que sí sabemos es que el partido republicano municipal de Madrid acude a uno pidiéndole que sea candidato, y encima se le pide que pague los gastos de la elección, lo que no ocurre en el partido socialista, ni en ningún otro que sea de veras popular. Es mejor que los partidos populares hagan por sí las elecciones, y las paguen, a no que luego pretendan subir las dietas de los diputados.

Si es cierto que la firma de Lerroux va unida a las de Pablo Iglesias y Melquiades Álvarez en el manifiesto de junio de 1917; pero bien les ha pesado de

haber ido junto con aquel sujeto en el tal manifiesto. Y repetimos que es, sobre todo, el «caudillo» el que ha hecho que los reformistas se aparten del partido republicano sedicente radical. El caudillo y otros por estilo de él, los caudillejos secundarios en inteligencia con Gobernación. Y con la policía.

¡Lo que le oímos antaño a don Nicolás Salmerón las cosas que del «caudillo» ese radical decía! Y tenía motivos para conocerle y conocer sus mañas. ¡Los que recordamos la condenación pública que de él tuvo que hacer don Gumerindo Azcárate! No, no; todas esas teatrales amonestaciones que el «caudillo» dirige a la corona—en el fondo carifiosas—; todas esas soflamas cursis, con aquello de «¡Señores viajeros al tren!», no engañan ya a nadie. Ninguno de esos ataques de escenario hace pupa. Son ataques de cuerno embolado, y por fórmula. Después de ellos el caudillo se queja en la intimidad de lo desagradado que es con el Gobierno de la Monarquía, de lo mal que se le sirve el encasillado. Sabe que no se le tiene miedo alguno en Palacio; sabe más: sabe que

se ríen de él por su obsequiosa servilidad, por sus encorvamientos, tienen razón los republicanos socialistas al decir, como dicen, que el régimen estaría mucho más cerca aún de su caída definitiva si el país sintiera que puede ser sustituido, y el país no siente esto por culpa de ese caudillo teatral que alarma a todos los amigos de la libertad cuando habla de orden y a todos los amigos del verdadero orden—que son los mismos—cuando habla de libertad.

Y nos hace reír a todos cuando habla de justicia ese improvisado licenciado en Derecho civil y canónico, abogado de secano hasta hace poco, y procurador de negocios poco claros.

Nuestro amigo Castrovido es demasiado blando de corazón; pero allá en sus intimidades sabe de sobra en qué poco buenas compañías le han obligado a ir los azares de una vida de trabajo y abstinencia. Y él, que sabe historia contemporánea, que no nos haga contar la del movimiento del verano de 1917. Que no ha de salir de ella bien librado el seudo republicanismo de caudillaje.

El escándalo del empréstito de los 1.000 millones

Con el pretendido fin de atenuar el paro forzoso, Lerroux intenta realizar un empréstito de 1.000 millones de pesetas, que, según dice, se destinarán a la construcción de edificios públicos. Se le llama ya «empréstito de la retirada».

El último, más sucio y monstruoso negocio de la banda de atracadores de la economía nacional que dirige el insaciable Lerroux.

Especulando con la miseria de cientos de miles de obreros hambrientos, la banda lerrouxista se dispone a asaltar una vez más la riqueza pública.

Lanzamos nuestro grito de alarma a nuestros camaradas y, en general, a todos los ciudadanos honrados, para que mediante su más enérgica protesta impidan se consuma este robo gigantesco que ha de abarrotar los bolsillos de la banda lerrouxista-cedista en nombre del hambre de los obreros.

Serfa una afrenta sin nombre para España—una más— que se llevara a cabo este empréstito realizándolo Lerroux, el hombre más desacreditado de nuestro país; el que tiene a su alrededor lo más inmoral de España (March, Emiliano Iglesias, Abad Conde, Samper). El hombre cuya personalidad va unida al recuerdo de los más escandalosos «affaires» («de la cal y el cemento», «del arroz y el maíz», «de Autoestaciones, sociedad anónima», y tantos otros). El hombre por quien, como es notorio, el propio presidente de la República siente un desprecio absoluto.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea de la magnitud enorme de este «atracó», bastará que digamos en qué condiciones se planteará el empréstito: «veinte millones» se darán a título de comisión a los Bancos.

El 10 ó el 15 por 100 total del empréstito; es decir, de cien a ciento cincuenta millones, los percibirán los que se queden con la contrata. El destino de lo restante ya puede suponerse cuál será.

Para engañar a la opinión, los Bancos han formado varias sociedades, entre las que repartir las obras, para que no se diga que son adjudicadas a una sola.

Los obreros necesitan trabajo—los obreros tienen que comer—. No nos ocupa que para conseguir esto se haga un empréstito todo lo importante que sea necesario. Lo que exigimos es que sea realizado con honradez y por personas decentes.

Nosotros entendemos que solamente un tribunal de técnicos, nombrado, por ejemplo, en este caso por el Colegio de Ingenieros y Arquitectos, sin intromisión de elementos del Gobierno, puede ofrecer garantías para la adjudicación de las obras.

Para evitar el escándalo de este empréstito, los partidos de oposición sólo tienen un camino: declarar que en lo futuro no lo respetarán, por ser público que es un negocio a todas luces inmoral del más inmoral de los políticos.